

CLÍO

ÓRGANO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

Año 88 ♦ Núm. 197 ♦ Enero-Junio 2019

ISSN 0009-9376



El hispanoamericanismo en ambas orillas: un recorrido con Pedro Henríquez Ureña*

*Dra. Consuelo Naranjo Orovio***

RESUMEN

A principios del siglo XX algunos destacados intelectuales americanos y españoles iniciaron un diálogo abierto entre ambas orillas. La cultura, la educación y la ciencia fueron los puntos de partida para reconocerse, detectar problemas, aproximar posiciones y plantear proyectos comunes. Pedro Henríquez Ureña fue una figura importante en la creación de las redes culturales entre España e Hispanoamérica que

* Parte del discurso de entrada como Miembro Correspondiente Extranjero de la Academia Dominicana de la Historia, pronunciado el 13 de marzo de 2019.

** Miembro de la Academia Dominicana de la Historia. Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid). Agradezco a los miembros de esta institución el haberme apoyado para ingresar en la Academia, y formar parte de su comunidad científica. Mi gratitud se extiende a Miguel Ángel Puig-Samper y a Loles González-Ripoll por sus comentarios al texto, y a Manuel Ramírez Chicharro por el envío de algunas de las cartas procedentes del Archivo Institucional del Colegio de México, en Ciudad de México. Asimismo, doy las gracias a las personas que me atendieron en las instituciones en las que he trabajado, Residencia de Estudiantes, en Madrid, Colegio de México, Archivo Central de la Universidad de Puerto Rico y Archivo del Seminario Federico de Onís, ambos en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, y Archivo General de la Nación en Santo Domingo, así como a Bernardo Vega quien me orientó en la búsqueda de parte de la correspondencia en este último archivo.

vertebraron una comunidad intelectual dinámica. Su estudio lo realizamos a partir de la correspondencia mantenida con intelectuales hispanoamericanos y, fundamentalmente, con españoles: José Enrique Rodó, Alfonso Reyes, Amado Alonso, Federico de Onís, Daniel Cosío Villegas, Ramón Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás, entre otros. A través de sus cartas recuperamos los circuitos por los que transitó el conocimiento, que forjaron puentes de cultura.

Palabras Clave: Pedro Henríquez Ureña, relaciones culturales, redes, comunidad intelectual, cultura, educación, Hispanoamérica, España.

ABSTRACT

A few years after the opening of the XX Century, a few American and Spanish intellectuals opened a dialogue along one and two of the border lines. Culture, education and science being the initial points to recognize, set the common problems and find out their common solutions too. Pedro Henríquez Ureña was, no doubt, the central figure to open new cultural set of dynamic community and unions for Spain and Spanish Latin American countries. The present study was done using the letters written by Henríquez Ureña to José Enrique Rodó, Alfonso Reyes, Amado Alonso, Federico de Onís, Daniel Cosío Villegas. Ramón Menéndez Pidal and Tomás Navarro, among many others intellectual figures. These letters could enable us to open the so called circuits which opened the way to new knowledge that set new cultural unions.

Keywords: Pedro Henríquez Ureña, cultural relations, network, intellectual community, culture, education, Hispanoamerica, Spain.

Trabajo realizado dentro del proyecto de investigación “Connected Worlds: the Caribbean, Origin of Modern World”. Dirigido por Consuelo Naranjo Orovio desde el Instituto de Historia-CSIC. This project has received funding from the European Union’s Horizon 2020 research and innovation programme under the Maria Skłodowska Curie grant agreement N° 823846.

Introducción

Al comenzar el siglo XX en la América hispánica, como la denominara Pedro Henríquez Ureña, continuaban vivos los debates sobre el pasado, la herencia colonial, la modernidad, la composición de la población y la identidad. La coincidencia de intereses y de estados de ánimo en América y en España contribuyeron a forjar un ambiente de fraternidad hispanoamericana.¹ En España, en un escenario sombrío, científicos, políticos e intelectuales analizaban las causas de la decadencia, de la degeneración y del llamado “fracaso colonial”, buscando soluciones que permitieran al país salir del ostracismo y europeizarse. En 1920, Federico de Onís ya profesor de la Universidad de Columbia escribía “he de pensar que todo lo que contribuya a relacionarse con otros pueblos será fuente de bien y de vida, y que todos los males que esa relación nos pudiera traer no serían nunca tan malos como el mal del aislamiento”.²

¹ José-Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1987; José Luis Abellán, “España-América Latina (1900-1914): la consolidación de una solidaridad”, *Revista de Indias* (Monográfico sobre *La Junta para la Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural*), núm. 239, 2007, pp. 15-32; Rafael Altamira, *Mi viaje a América*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911; Rafael Altamira, *España y el programa americanista*, Madrid, Editorial América, 1917; Rafael Altamira, *La política de España en América*, Valencia, Editorial Edeta, 1921; Adolfo González de Posada, *Para América, desde España*, París, Lib. Paul Ollendorf, 1910; y Adolfo González de Posada, *En América. Una campaña: relaciones científicas con América, Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay*, Madrid, 1911.

² Federico de Onís, *El español en los Estados Unidos*, Salamanca, Imp. y Lib. de Francisco Núñez Izquierdo, 1920, p. 30.

En la otra orilla, América se erguía con un destino cultural propio a través de las palabras de José Enrique Rodó.

Más allá de las diferencias, americanos y españoles coincidieron en que la regeneración y la modernización eran algunos de los principales objetivos a alcanzar, siendo la educación la vía más adecuada para ello. Despertar la “conciencia de la juventud” –en cuyas manos como apuntara Rodó descansaba el porvenir de la patria– y buscar la originalidad y las raíces de las tradiciones para sentar las bases de la identidad, la hispanoamericana y la española, en un nuevo marco internacional, eran metas comunes de un camino en el que confluyeron algunos intelectuales. Ello propició un diálogo en el que la cultura en sentido amplio fue el centro; una cultura diferente pero con rasgos compartidos que orillaba los discursos retóricos que hacían descansar el vínculo en la religión y en conceptos raciales. Nos interesan estos intelectuales ya que, en las cuatro primeras décadas del siglo XX, la mayoría fueron predecesores o impulsores de acuerdos políticos y programas gubernamentales, actuando en ocasiones como “embajadores” en momentos y países inaccesibles para la política. Ellos plantearon la cultura como la plataforma desde la que España e Hispanoamérica podían reconocerse y mirarse en términos de igualdad. Algunos de ellos, como Alfonso Reyes o José María Chacón y Calvo al pasar los años ocuparon puestos diplomáticos, otros fueron designados representantes de la Junta para la Ampliación de Estudios en otros países, como Federico de Onís. Con independencia de las circunstancias que llevaron a unos y a otros a desempeñar dichos cargos, todos llevaban el bagaje aprendido en su juventud.

El recorrido que les propongo para recomponer las alianzas, los debates en torno a la identidad y la cultura hispanoamericana, y los proyectos trabados a ambos lados del Atlántico, es a través de una parte de la abundante correspondencia mantenida

entre algunos intelectuales españoles y americanos, en especial Pedro Henríquez Ureña.³ Sus ideas y pensamiento permanecen

³ Entre la abundante bibliografía que analiza la obra de Pedro Henríquez Ureña cabe citar solo a manera de ejemplo: Emilio Rodríguez Demorizi, *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*, Ciudad Trujillo, Po. Hermanos, 1947; Alfredo Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, México, Editorial Cultura/State University of Iowa Studies in Spanish Language and Literature, 1961; *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989; Soledad Álvarez, *La Magna Patria de Pedro Henríquez Ureña*, Santo Domingo, Editora Taller, 1981; *El libro jubilar de Pedro Henríquez Ureña*, 2 vols., Recopilación y Prólogo de Julio Jaime Julia, Santo Domingo, Universidad Nacional P. Henríquez Ureña, 1984; Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México D. C., UNAM, 1989; María Teresa Barbadillo de la Fuente, “Reencuentro con Pedro Henríquez Ureña”, *CAUCE*, núms. 14-15, 1992, pp. 585-598; Sonia Henríquez Ureña de Hlito, *Pedro Henríquez Ureña. Apuntes para una biografía*, México, Siglo XXI, 1993; Pedro Luis Barcia, *Pedro Henríquez Ureña y la Argentina*. Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos (SEE-BAC)-Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1994; Enrique Zuleta Álvarez, *Pedro Henríquez Ureña y su tiempo. Vida de un hispanoamericano universal*, Buenos Aires, Catálogos, 1997; Amadeo Julián, “Jorge Luis Borges y Pedro Henríquez Ureña. Recuerdos y opiniones”, *Coloquios 99*, Santo Domingo, Comisión Permanente de la Feria del Libro, 2000, pp. 353-370; *Presencia de Pedro Henríquez Ureña. Escritos sobre el maestro*, compiladores Jorge Tena Reyes y Tomás Castro Burdiez, Santo Domingo, Editorial Ciguapa, 2001; Andrés L. Mateo, *Pedro Henríquez Ureña: Errancia y creación*, Santo Domingo, Comisión Permanente de la Feria del Libro, 2002; Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas*, 5 vols., Santo Domingo, Secretaría de Estado de Cultura, 2004; *Boletín Editorial*, Monográfico dedicado a Pedro Henríquez Ureña en el 60 aniversario de su muerte, COLMEX, núm. 122, 2006; Adolfo Castañón, “Breves notas para la historia de una amistad. Pedro Henríquez Ureña en su correspondencia con Alfonso Reyes”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 34,

vivos en sus textos y cartas. Recurrimos a ellos, a sus obras y correspondencia para recuperar los circuitos por los que transitó el conocimiento, así como para reconstruir el camino en el que fueron fraguándose proyectos que alimentaron redes intelectuales que se multiplicaron a lo largo del tiempo y en distintos espacios. Como comenta Borges en el prólogo a *Obra crítica* de Pedro Henríquez Ureña, editado en 1960 en Buenos Aires, “[las] ideas que están muertas en el papel fueron estimulantes y

2006, pp. 78-90; Arcadio Díaz Quiñones, “Pedro Henríquez Ureña (1884-1946): la tradición y el exilio”, *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*, Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2006, pp. 167-253, y “Pedro Henríquez Ureña y las tradiciones intelectuales caribeñas”, *Letral I: Revista Electrónica de Estudios Transatlánticos de Literatura*, 2008: 1-17; Cándido Gerón, *Pedro Henríquez Ureña. Antología hemerográfica de un humanista inolvidable*, Compilación, presentación y notas, Santo Domingo, Editora Centenario, 2007; Laura Febres, *Pedro Henríquez Ureña, crítico de América*, Ediciones Cielonaranja, Santo Domingo, 2009; Pedro Henríquez Ureña, *Epistolario*, 3 vols., Santo Domingo, Presidencia de la República, 2012; Bernardo Vega (ed.), *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña*, Archivo General de la Nación y Academia Dominicana de la Historia, Vol. CCXXXV, Editora Búho, 2015; Juan R. Valdez, *En busca de la identidad: la obra de Pedro Henríquez Ureña*, Buenos Aires, Katatay, 2015; *Pedro Henríquez Ureña, Obras completas*, 14 tomos, edición de Miguel D. Mena, Editora Nacional, Santo Domingo, 2013 y 2015; *Archivos de Pedro Henríquez Ureña*, 7 vols., edición de Miguel D. Mena, Santo Domingo, Ediciones Cielonaranja, 2012-2018; *Epistolario de Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso*, edición de Miguel D. Mena, Ediciones Cielonaranja, Santo Domingo, 2017.

A la extensa bibliografía hay que sumar las recopilaciones y ediciones críticas de las obras de Pedro Henríquez Ureña, algunas de las cuales citaremos a lo largo de este estudio, entre otras las realizadas por Juan Jacobo de Lara, José Luis Martínez, Enrique Zuleta Álvarez, Miguel D. Mena y Adolfo Castañón.

vididas para quienes las escucharon y conservaron, porque, detrás de ellas y en torno a ellas, había un hombre. Aquel hombre y su realidad las bañaban. Una entonación, un gesto, una cara, les daban la virtud que hoy hemos perdido”.⁴

Mi propósito hoy es el mismo que llevo persiguiendo hace tiempo: dibujar un mapa de relaciones entre la América hispana y España en el que sitúo a intelectuales que, como Pedro Henríquez Ureña, fueron los urdidores del hispanoamericanismo en los primeros cuarenta años del siglo XX.⁵ Esta empresa cultural

⁴ Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*, México-Buenos Aires, FCE, 1960: VII.

⁵ Las relaciones en España e Hispanoamérica cobraron un nuevo impulso en las últimas décadas del siglo XIX en las que distintas actividades e iniciativas facilitaron y agilizaron las relaciones entre España e Hispanoamérica. Algunos ejemplos fueron la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América, el surgimiento de asociaciones e instituciones hispanoamericanistas –como la Unión Hispanoamericana, la Sociedad Columbina Onubense, el Centro de Cultura Hispanoamericana, la Sociedad Libre de Estudios Americanistas, la Casa América, etc.–, la publicación de revistas de temática americanista, la celebración de congresos, las exposiciones de arte (recuérdese la Exposición Iberoamericana de 1929, en Sevilla), la firma de convenios y tratados comerciales entre España y distintos países americanos, que produjeron el dinamismo del intercambio de bienes y personas y la creación de líneas de vapores, las empresas privadas –principalmente desde el sector comercial–, y las políticas gubernamentales diseñadas para potenciar las relaciones con América Latina que contribuyeron a afianzarlas. Véase: Salvador Bernabéu Albert, *1892. El IV Centenario del Descubrimiento de América en España: coyuntura y conmemoraciones*, Madrid, CSIC, 1987; Pedro Pérez Herrero y Nuria Tabanera, *España/América: un siglo de políticas culturales*, Madrid, AIETI/OEI, 1993; Nuria Tabanera, *Ilusiones y desencuentros: La acción diplomática republicana en Hispanoamérica (1931-1939)*, Madrid, CEDEAL, 1996; Gabriela Dalla Corte, *Casa de América de Barcelona (1911-1947): Comillas, Cambó, Gili, Torres y mil empresarios en*

surgió de manera paralela en distintos focos de aquí y de allá contando con muchos actores que trabajaron desde distintos ámbitos: cultural, diplomático y económico-comercial.⁶ Si bien las obras de estos pensadores y literatos son muy conocidas y hay una vasta bibliografía al respecto, se ha indagado menos en el tema que les propongo, que ya he ensayado para en el caso del mexicano Alfonso Reyes, del cubano Fernando Ortiz y del

una agencia de información e influencia internacional, Madrid, LID Editorial Empresarial S. L., 2005; Palmira Vélez, *La historiografía americanista en España, 1755-1936*, Madrid, Vervuert, 2007; Salvador Bernabéu, “Los americanistas y el pasado de América: tendencias e instituciones en vísperas de la Guerra Civil”, *Revista de Indias* (Monográfico sobre *La Junta para la Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural*), núm. 239, 2007, pp. 251-282; Consuelo Naranjo Orovio y Salvador Bernabéu, “La revista *Tierra Firme*: una propuesta de diálogo entre España y América”, Aimer Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa, Juan Pablos Editor, 2012, pp. 255-276.

⁶ Otra área de actuación se enmarca en lo que algunos autores han denominado como “diplomacia transnacional” refiriéndose a las actividades desplegadas por algunos diplomáticos españoles y americanos que mantuvieron relación con círculos intelectuales y comerciales contribuyendo a afianzar relaciones políticas y comerciales y difundiendo la cultura y literatura de sus respectivos países como, por ejemplo, Enrique Deschamps, Vicente Riva Agüero, Clemente Palma, José Gálvez Barrenechea, o Matías Alonso Criado. Véase Pilar Cagiao (ed.), *Donde la política no alcanza. El reto de diplomáticos, cónsules y agentes consulares en la renovación de las relaciones entre España y América, 1880-1939*, Madrid, Vervuert, 2018; Pilar Cagiao y Jorge Enrique Elías-Caro (comps.), *España como escenario. Política y acción cultural de diplomáticos latinoamericanos (1880-1936)*, Santa Marta, Colombia, Editorial Unimagdalena, 2018.

español Ramón Menéndez Pidal.⁷ Mi interés no es tanto la definición o la reflexión estética y filosófica que ellos tenían de la cultura, una idea que, por otra parte, fue cambiando a lo largo de su vida. Tampoco la noción de hispanoamericanismo que a menudo se confunde con el panhispanismo por sus límites, que a veces pueden resultar difusos al compartir algunos elementos como la defensa de la lengua y la cultura española e hispana. A pesar de ciertas confusiones, solo quiero apuntar que el discurso panhispanista se caracterizó por su exposición apologética de la historia de España en América y un fuerte rechazo a la política expansionista estadounidense, orillando en ocasiones las diferencias y señales identitarias de las jóvenes repúblicas. Ello motivó que algunos intelectuales hispanoamericanos levantaran la voz en contra al ver en dicho proyecto el anhelo de España de volver a ostentar el liderazgo espiritual que, para algunos como Fernando Ortiz, enmascaraba el propósito de la reconquista de América. Ortiz abogaba hacia 1910 por la deshispanización de Cuba y años más tarde por unas relaciones entre Cuba y España, entre América y España, basadas en la ciencia y no en la “raza” o la religión.⁸ Con Hispanoamérica

⁷ Consuelo Naranjo Orovio, *Puentes de cultura: Epistolarios atlánticos*, Aranjuez, Ediciones Doce Calles, 2018; Consuelo Naranjo Orovio y Miguel Ángel Puig-Samper, “Spanish Intellectuals and Fernando Ortiz (1900-1941)”, *Cuban Counterpoints: The Legacy of Fernando Ortiz*, New York, Lexington Books, 2005, pp. 9-37; Consuelo Naranjo Orovio, “Los caminos de la JAE en América Latina: redes y lazos al servicio de los exiliados republicanos”, *Revista de Indias* (Monográfico sobre *La Junta para la Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural*), núm. 239, Madrid, 2007, pp. 283-306.

⁸ Fernando Ortiz, *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*, París, Lib. P. Ollendorff, 1910. En ocasiones la frontera difusa entre el hispanoamericanismo y panhispanismo generó polémica entre algunos intelectuales de ambas orillas por ejemplo entre Ortiz y

de trasfondo, valga decir que el hispanoamericanismo, en el sentido amplio del término, es un concepto complejo con múltiples matices que fue variando a lo largo de los años, y cuyo uso guarda relación con los diversos actores que lo formularon y con la correlación de fuerzas políticas de cada país, como fue en el caso de España.

Como ya indiqué, me atraen las instituciones, actividades y publicaciones puestas en marcha por quienes apostaban por la regeneración y la educación, ya que fueron en gran medida el armazón de los intercambios científicos e intelectuales de las primeras décadas del siglo XX. Además, mi interés descansa en el hecho de que las instituciones que fundaron tuvieron continuidad en el tiempo y fueron la plataforma para la llegada del exilio republicano intelectual español en países como México, Puerto Rico, Cuba, o Estados Unidos. Para ello me sirvo de la abundante correspondencia que, como personajes de su tiempo, cruzaron a lo largo de sus vidas, siendo consciente de que solo analizo algunas de las miles de cartas contenidas en los epistolarios. Recorro a las cartas ya que en numerosas ocasiones son

Rafael Altamira o Miguel de Unamuno. Véase, “Cartas de Fernando Ortiz con Miguel de Unamuno”, Casa-Museo Unamuno. Archivo, Salamanca, Sign. 02/29; Carlos Serrano, “Miguel de Unamuno y Fernando Ortiz. Un caso de regeneracionismo trasatlántico”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, XXXV, núm. 1, 1987, pp. 299-310.

Los postulados de Ortiz en los que debían descansar las relaciones entre ambos países eran muy distintos como recogen los objetivos de la Institución Hispano-Cubana de Cultura en su creación, en 1926: “procurar el incremento de las relaciones intelectuales entre España y Cuba por medio del intercambio de sus hombres de ciencia, artistas y estudiantes, creación y sostenimiento de cátedras, y realización de propagandas, con el fin exclusivo de intensificar y difundir la cultura que nos es propia”: “La Institución Hispano Cubana de Cultura”, *Revista Bimestre Cubana*, vol. XXI, núm. 6, nov.-dic. de 1926, pp. 896-913.

la única vía para reconstruir las relaciones culturales y científicas entre España y América hispánica. Las cartas, espontáneas y abiertas, permiten adentrarnos en sentimientos y aspectos íntimos, recónditos y remotos de quienes fueron mediadores del acercamiento entre las jóvenes repúblicas americanas y España, así como develar hasta qué punto estos intelectuales fueron quienes idearon y pusieron en marcha proyectos de cooperación cultural que, poco a poco tejieron una constelación de relaciones en ambos continentes. Una red unida por un sueño común: hacer de la cultura y de la educación los instrumentos de progreso y de diálogo.

Para llevar a cabo este trabajo utilizo algunas de las centenares de cartas publicadas en las valiosas compilaciones y estudios críticos sobre la correspondencia y la obra de Pedro Henríquez Ureña, realizadas en varios países, entre otros en la República Dominicana por ejemplo por Juan Jacobo de Lara, Jorge Tena Reyes, Soledad Álvarez, Tomás Castro Burdiez, Andrés Mateo, Cándido Gerón, Bernardo Vega, Miguel D. Mena, Julio Jaime Julia, Sonia Henríquez Ureña, Amadeo Julián, Juan Valdez u Odalís Pérez.

Por otra parte, esta investigación se nutre de la documentación inédita que he consultado en el archivo de la Residencia de Estudiantes, la Fundación Ramón Menéndez Pidal, ambos en Madrid, la Casa-Museo Unamuno, en Salamanca, el Colegio de México, la Capilla Alfonsina, ambos en Ciudad de México, el Archivo Central de la Universidad de Puerto Rico, el Archivo del Seminario Federico de Onís, ambos en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, la Biblioteca Nacional José Martí de La Habana y el Archivo General de la Nación en Santo Domingo.

La vida de Pedro Henríquez Ureña es un ejemplo del peregrinar de muchos intelectuales coetáneos a él por diferentes países de habla hispana, entre los que está incluida España.



Pedro Henríquez Ureña.

Ellos crearon un circuito de cultura participando en ambientes similares, propiciando encuentros en los que la educación, la literatura y la reflexión sobre el ser de América y de España constituían los focos de atención, y animando nuevas instituciones nacidas al calor de estos ideales. Por ello, es preciso poner la mirada en ambos lados para comprender que la presencia de americanos en España y de españoles en América no fue una casualidad ni ocurrió al azar. Esto se debió a una coincidencia de intereses y a una conciencia por parte de los más jóvenes de la necesidad de revitalizar la educación de sus países y contemplar el futuro de manera diferente.

En España nació en 1907 la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (conocida como JAE o Junta), un organismo cuyo principal objetivo fue la regeneración intelectual y científica de un país adormecido que quería salir del aislamiento y del letargo. Con el punto de mira, principalmente, en los países europeos que en ese momento lideraban la ciencia, la JAE desarrolló un vasto proyecto educativo y divulgativo. Por otra parte, uno de los objetivos de la Junta

fue proyectar una imagen renovada de España, una España moderna que apostaba por la ciencia y la educación.⁹ De la Junta madrileña dependió el Centro de Estudios Históricos, creado en 1910 bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal, a quien se le encomendó investigar el pasado español, la historia, el arte, la arqueología y la filología para establecer las raíces de la identidad española que, a la vez, sirvieran de argumento y base de un proyecto político más amplio en el que América tenía un lugar especial.¹⁰ Para algunos políticos y pensadores “recobrar” el prestigio en América contribuiría a superar el sentimiento de derrota y degeneración, y la crisis de identidad marcada por el 98’, así como para construir una idea nacional y un proyecto de nación. Muchos coincidieron en que América era el espacio natural en el que los españoles se reconocían.¹¹

⁹ Francisco J. Laporta, Alfonso Ruiz Miguel, Virgilio Zapatero y Javier Solana, “Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios”, *Arbor*, vol. CXXVI, núm. 493, enero, 1987, pp. 17-87; José Manuel Sánchez Ron (coord.), *1907-1987. La Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, 1988; David Castillejo (ed.), *El epistolario de José Castillejo: los intelectuales reformadores de España*, 3 vols., Madrid, Castalia, 1997-1999; José María López Sánchez, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Madrid, Marcial Pons-CSIC, 2006; Miguel Ángel Puig-Samper (ed.), *Tiempos de investigación. JAE-CSIC 100 años de ciencia en España*, Madrid, CSIC, 2007.

¹⁰ En 1913 el Centro contó con diez secciones que se redujeron a cuatro en los años veinte: *Historia del derecho* (dirigida por Claudio Sánchez Albornoz), *Arte* (Eliás Tormo y Monzo), *Arqueología* (Manuel Gómez Moreno) y *Filología*.

¹¹ Isidro Sepúlveda, *Comunidad espiritual e hispano-americanismo, 1885-1936*, Madrid, UNED, 1994; *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Fundación Carolina-Marcial Pons, 2005.

En el Centro de Estudios Históricos recayó en gran medida la tarea de acercamiento a Hispanoamérica a través del fomento de los estudios americanistas y del intercambio cultural y científico. A los viajes americanos de Rafael Altamira (1909-1910) y de Adolfo González Posada (1910-1911) siguieron políticas de acción cultural más concretas desarrolladas hasta los últimos días de la Junta antes de 1939 debido al lugar privilegiado que en este período ocuparon las relaciones culturales en la política exterior.¹² A pesar del escaso tiempo que la Junta (1907-1939) y la II República tuvieron para desarrollar el programa cultural americanista, sí lograron algunos resultados relevantes. Si bien a veces el conocimiento profundo de la realidad americana no se consiguió, lo que es indudable es que un puñado de personas de España y de Hispanoamérica lograron en breve tiempo armar un tejido académico que propició el inicio de las nuevas relaciones. Una red que, como ya hemos estudiado en otros trabajos, fue la plataforma para la llegada del exilio republicano intelectual español.¹³

¹² Rafael Altamira, *Mi viaje a América, y La política de España en América*; y Adolfo González de Posada, *En América. Una campaña: relaciones científicas con América, Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay*.

¹³ Consuelo Naranjo Orovio y Miguel Ángel Puig-Samper, “La llegada del exilio republicano español a Puerto Rico: solidaridad y reconocimiento en un proyecto cultural”, Consuelo Naranjo, Matilde Albert y María Dolores Luque (eds.), *El eterno retorno. Exiliados republicanos españoles en Puerto Rico*, Aranjuez-Madrid, Ediciones Doce Calles, 2011, pp. 65-98; Consuelo Naranjo Orovio y Miguel Ángel Puig-Samper, “Las redes de la ciencia: la JAE en el exilio”, *Asclepio* (Monográfico sobre la JAE), LIX, núm. 2, Madrid, 2007, pp. 231-254; Miguel Ángel Puig-Samper y Consuelo Naranjo Orovio, “La acogida del exilio español en Cuba: Fernando Ortiz y la Institución Hispano-cubana de Cultura”, Josef Opatrný (ed.), *El Caribe Hispano. Sujeto y objeto en la política internacional*, Praga, 2001, pp. 199-213.

En América, la cultura se abrió paso en nuevas universidades, publicaciones, exposiciones, seminarios y ateneos, como el Ateneo de la Juventud de México fundado en 1909, en el que participaron jóvenes que años después protagonizaron la creatividad intelectual como Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y José Vasconcelos. De su magisterio se benefició la Escuela de Altos Estudios, fundada en 1910, y la Universidad Popular de México en 1912; en ambas instituciones fue profesor Henríquez Ureña. En otros países del continente el interés por el conocimiento como instrumento de cambio y de expresión también pasó a un primer plano. A ello contribuyeron distintas editoriales e iniciativas que crearon colecciones donde vieron la luz importantes ensayos de literatura, cultura, música e historia. La irrupción de nuevos personajes e ideas impulsó de manera extraordinaria la renovación cultural.

Lo hicieron sin renunciar a la identidad propia, a lo autóctono de cada país y de cada región en su peculiaridad expresiva, como lo concibió Unamuno, quien en la pluralidad no vio “un signo de diferenciación, sino de unidad superior: enriquecimiento en el plano espiritual e integración en el idiomático”.¹⁴ Pedro Henríquez Ureña, como muchos intelectuales latinoamericanos, Alfonso Reyes, Rubén Darío, Miguel de Unamuno, Fernando Ortiz, José María Chacón y Calvo..., abogaron por el diálogo con las distintas tradiciones que formaban parte del acervo cultural, una idea que se fue afianzando a lo largo de su vida, y desde la cual construyeron sólidas plataformas de acercamiento. En 1914 apuntaba la necesidad y la riqueza que suponía mantener y combinar las diferencias culturales de cada pueblo: “El ideal de la civilización no es la unificación completa de todos los hombres y todos los países, sino la conservación

¹⁴ Guillermo de Torre, “Unamuno, crítico de la literatura hispanoamericana”, *La Torre*, 35-36, Puerto Rico, 1961, pp. 538-561.

completa de todas las diferencias dentro de una armonía”.¹⁵ En la defensa de la comunidad hispánica resaltó la importancia de la cultura como uno de los elementos principales que harían de la América hispánica una comunidad con identidad propia y con fuerza, capaz de conversar tanto con España como con Estados Unidos.¹⁶ “En busca de nuestra expresión” era como Henríquez Ureña definía el rescate y la puesta en valor de todos los elementos que modelaban la identidad de la América hispánica, y que fue el objetivo de gran parte de su obra: “La manifestación superior de cultura, [...], es la obra de construcción política y de renovación social de los legisladores, estadistas y juristas. Para las ciencias, la filosofía y los estudios del lenguaje eran menos propicios los tiempos”.¹⁷

Estos intelectuales fueron agentes y mediadores del hispanoamericanismo. Unidos por la cultura como preocupación y fin último de sus obras, todos se nutrieron de experiencias diversas de viajes y estancias en distintos países de América y de

¹⁵ Pedro Henríquez Ureña, *Plenitud de América. Ensayos escogidos*, selección y notas de Javier Fernández, Buenos Aires, Peña, Del Giudic, 1952, p. 203.

¹⁶ En 1909 Miguel de Unamuno define el concepto de hispanidad: “aquellas cualidades espirituales, aquella fisonomía moral, mental, ética, estética, religiosa...”, ver el artículo de Miguel de Unamuno, “Sobre la argentinidad”, *Obras completas*, 9 tomos, Madrid, Escalicer, 1966-1971, 1968, tomo III, pp. 543-547. Su uso lo explica en 1927 por el carácter omnicomprensivo que tenía la gran familia hispánica: “Digo hispanidad y no españolidad para incluir a todos los linajes, a todas las razas espirituales, a las que han hecho el alma terrena –terrosa sería, acaso, mejor– y, a la vez, celeste de Hispania [...]”. Unamuno, *Obras completas*, 1968, tomo IV, p. 1084.

¹⁷ Pedro Henríquez Ureña, “Las corrientes literarias en la América hispánica”, *Obras completas, 1945-1946*, 10 tomos, Recopilación de Juan Jacobo de Lara, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1980, tomo X, pp. 41-307, 391.

Europa. A todos les conectaba su interés en investigar, educar y divulgar. De esta manera, con sus obras, clases y conferencias trazaron puentes transatlánticos y desarrollaron nuevas formas de pensar y de entender la cultura y las culturas con rasgos tanto propios como compartidos. A este respecto son ilustrativas las palabras de Pedro Henríquez Ureña en 1914 recogidas en muchas de sus obras: “Sigo impenitente en la arcaica creencia de que la cultura salva a los pueblos”.¹⁸ Ellos albergaron la idea de una comunidad de intereses ensamblada por la cultura hispanoamericana. Esta comunidad, más real que soñada, se fue moviendo por distintos países de América, Estados Unidos, y de Europa como España y Francia; a su paso fundó instituciones e hizo posible el surgimiento de una nueva conciencia de la identidad hispanoamericana. Los miembros de esta red participaron activamente en la creación del circuito hispanoamericano en las primeras décadas del siglo XX en el que los vértices y puntos medulares fueron instituciones existentes o surgidas como consecuencia de esta misma red de relaciones.

Las instituciones nacidas en América cooperaron con la Junta para la Ampliación de Estudios, al igual que lo hizo la sociedad civil desde distintos ámbitos como las llamadas Instituciones Culturales fundadas en varios países americanos, que estuvieron financiadas en gran medida por las colectividades de inmigrantes españoles. Estas Instituciones también recibieron el auspicio de universidades y de otros sectores económicos de la sociedad. La primera de ellas fue la Institución Cultural de Buenos Aires en 1914, a la que siguieron la de Montevideo en 1918, México 1925, La Habana 1926, San Juan de Puerto Rico y Santo Domingo en 1928, y Bolivia en 1931. Todas persiguieron objetivos similares: la promoción cultural y el

¹⁸ Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica...*, p. 194.

intercambio de profesores y becarios.¹⁹ Las Culturales fueron en el continente americano el instrumento canalizador de dichas relaciones, en Madrid, como ya se indicó, la Junta para la Ampliación de Estudios dio impulso continuado a este proyecto desde 1907.

Entre todos, españoles y americanos, lograron establecer puentes transatlánticos y hacia el interior de América; puentes de cultura que favorecieron un cambio de paradigma ensayando nuevas formas de mirarse a veces de forma recelosa, pero también de forma abierta y franca. La voluntad de cooperación les acompañó en su vida. En *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Henríquez Ureña indicaba que “Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa [...] si no nos decidimos a que ésta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación [...] Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos [...]. Nuestro ideal no es la obra que corresponde a uno, dos o tres hombres de genio, sino de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos”.²⁰

¹⁹ Consuelo Naranjo Orovio, “Los caminos de la JAE en América Latina: redes y lazos al servicio de los exiliados republicanos”, pp. 283-306; Eduardo Devés-Valdés, *Redes intelectuales en América Latina: Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, Instituto de Estudios Avanzados, 2007; Alexandra Pita, *La Unión Latino Americana y el boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México-Universidad de Colima, 2009.

²⁰ Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Raigal, 1952, pp. 31-32. Véase también la obra póstuma de Pedro Henríquez Ureña en la que se recogen varios estudios sobre las corrientes literarias y la historia cultural de la América hispana, así

Su largo peregrinar le proporcionó una visión plural de la cultura y amplios conocimientos sobre diferentes países lo cual en gran medida modeló su forma de pensar y redundó en su obra. Henríquez Ureña mantuvo un estrecho contacto con su país, siempre atento a la política y a la producción intelectual. Además de las obras, en sus cartas a otros intelectuales descubrimos el conocimiento global y exhaustivo que poseía de la cultura dominicana, y en general de la América hispánica. En una carta que remitió a Emilio Rodríguez Demorizi, el 21 de enero de 1945 desde Buenos Aires, a propósito de la publicación de la *Antología de la literatura dominicana*, publicada en 1944, le precisaba aquellos versos y poetas olvidados en las páginas: “La antología me parece muy discretamente hecha. Sólo siento que no haya sido un poco más extensa: es, de todos modos, una antología histórica; el carácter histórico domina sobre la elección dictada. Por lo tanto, convendría haber salvado unos cuantos escritos dispersos además de los que se incluyeron. De Félix María del Monte echo de menos el soneto *A la noche*, por motivos estéticos [...] Falta Encarnación Echavarría de Del Monte. cuyo soneto *A mi patria*, escrito durante la anejiación, en el destierro, tiene fuerza”.²¹

En 1904 Pedro Henríquez Ureña se trasladó desde Nueva York, donde residía desde 1901 tras el nombramiento de su padre como Plenipotenciario de la República Dominicana, a Cuba, país en el que vivió junto a su familia hasta los primeros días de

como un trabajo titulado “Dos momentos en la Historia Cultural de Santo Domingo”; Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas, 1945-1946*, tomo X.

²¹ Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas, 1945-1946*, tomo X, pp. 440-451. Una selección de la correspondencia que mantuvo con varios intelectuales dominicanos aparece en Bernardo Vega (ed.), *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña*, 2015.

1906.²² Durante esta estancia en el país caribeño hizo contribuciones para *Cuba Literaria*, que había fundado su hermano Max en Santiago de Cuba, para *Cuba y América*, *La Discusión*, *Azul y Rojo*, o la *Revista Cubana*. Muchos de estos escritos integraron su primer libro *Ensayos críticos* publicado en La Habana en 1905. En alguna carta desliza su opinión sobre la literatura cubana a la que califica como “muy mediocre” y critica el retrasado sistema de enseñanza que habían heredado de España.²³ Entre los intelectuales que conoció en Cuba destacan Enrique José Varona, Félix Lizaso y José María Chacón y Calvo, con quien volvió a coincidir en Madrid al compartir el mismo círculo de amigos españoles y latinoamericanos, que representaban el renacer de una intelectualidad. Años después, colaboró en el Seminario de Investigaciones Históricas organizado en La Habana por Chacón y Calvo cuando estaba al frente de la Dirección de Cultura en los años treinta. De Cuba pasó a México (1906-1914), de nuevo a Cuba por unos meses en 1914, y Estados Unidos (1914-1917).²⁴

En esta nueva estancia ya con una mayor madurez intelectual, Pedro Henríquez Ureña verbaliza el sentir de muchos hispanoamericanos en un momento en que el hispanoamericanismo y el panamericanismo competían en el continente: “[con el tiempo] se llegará a comprender lo que ahora comienza a adivinarse sobre toda la América hispana: que no somos inferiores, sino distintos, y que nuestras inferioridades reales son explicables y

²² Pedro Henríquez Ureña, *Memorias. Diario*, introducción y notas por Enrique Zuleta Álvarez, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1989; Emilio Rodríguez Demorizi, *Dominicanidad de Pedro Henríquez*, 1947.

²³ Bernardo Vega (ed.), *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña*, pp. 163-164. Carta de P. Henríquez Ureña a Mercedes Mota el 25 de abril de 1905.

²⁴ Pedro Henríquez Ureña, *Memorias. Diario*, 1989.

corregibles, y que nuestra personalidad internacional tiene derecho a afirmarse como original y distintiva”.²⁵ En esta etapa como corresponsal del *Heraldo de Cuba* en Washington profundizó en la política internacional y en las relaciones y el equilibrio político en América, mostrándose especialmente crítico con la injerencia del país del Norte en Hispanoamérica. Años después, cuando fue invitado por la Universidad de Harvard a la cátedra de Charles Eliot Norton (de octubre de 1940 a abril de 1941), manifestaba su temor por la resonancia que el panamericanismo tenía “entre la gente rica” de ese país, y a propósito de ello, le decía a su prima Flérida Lamarche Henríquez de Nolasco *cave canem* (“cuidado con el perro”) en la carta que le escribió desde Boston el 27 de abril de 1941.²⁶

En los primeros años de su vida, tras trabajar de corresponsal en Estados Unidos, se trasladó a Madrid en 1917, ciudad que volvió a visitar en 1919, coincidiendo con su gran amigo Alfonso Reyes, para partir de nuevo a Estados Unidos en donde ejerció como profesor de la Universidad de Minnesota hasta 1921, fecha en la que se trasladó a México. Antes de su llegada a Madrid, Alfonso Reyes le anunciaba al cubano Chacón y Calvo, quien en esos días estaba preparando su viaje a la capital de España, que seguramente coincidiría en el trabajo con Pedro “pues el Centro de Estudios Históricos está dispuesto a hacer cualquier cosa por tenerlo aquí en cuenta pueda. Pero chitón”.²⁷

Al llegar a España, Henríquez Ureña ya conocía el panorama de las letras en ese país. Desde México tanto él como

²⁵ Pedro Henríquez Ureña, *Desde Washington*, México, FCE, 2013, p. 16.

²⁶ Carta de P. Henríquez Ureña a Flérida Lamarche Henríquez de Nolasco, Archivo General de la Nación (AGN), Santo Domingo, Colección Flérida Sócrates Nolasco, T-1702863.

²⁷ Carta de A. Reyes a J. M. Chacón y Calvo, Madrid, 20 de febrero de 1918. Zenaida Guitérrez-Vega, *Epistolario Alfonso Reyes-José M. Chacón*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976, p. 74.

Reyes estaban al corriente de los estudios filológicos y de las publicaciones que se hacían en España. Como la correspondencia muestra, Marcelino Menéndez Pelayo, Miguel de Unamuno y Ramón Menéndez Pidal fueron importantes referentes en el inicio de su vida intelectual. Desde 1909 estuvo en contacto con Miguel de Unamuno y Marcelino Menéndez Pelayo. En su carta a Menéndez Pelayo, fechada en México el 28 de abril de 1909, le anunciaba el envío de un ejemplar de la *Revista Moderna de México*, en marzo de ese año, que contenía un trabajo suyo sobre el endecasílabo castellano, y le expresaba su admiración:

[...] Personalmente, juzgo deber mío manifestarle, la admiración que he tenido siempre por V. Más que admiración, diré devoción. Desde mi adolescencia, el nombre y las obras de V. han sido para mí objeto de recordación diaria y trato constante: esta devoción existe desde que leí, á raíz de la muerte de mi madre, la poetisa dominicana Salomé Ureña de Henríquez, el juicio que V. formuló sobre ella en el prólogo á la *Antología de poetas hispano-americanos*. No extrañará V., por tanto, lo que digo: á ningún crítico, en nuestra lengua ó en cualquier otra, he leído tanto como á V.

Comprenderá V. que, aunque vivo en México, soy dominicano. El malestar crónico de mi país me obligó á buscar aires más puros en éste, aunque desde lejos sigo trabajando por el mío, y rara vez publico mis escritos en el exterior solamente, sino que los hago aparecer al mismo tiempo aquí y en Santo Domingo.

En otro orden, aunque comencé haciendo campaña a favor del llamado *modernismo* americano, he sido siempre, por gusto y por tradición familiar, devoto del glorioso pasado y del no indigno presente de la literatura española (y aun esto lo hizo notar la revista *Cultura española* en una nota que consagró á ensayos míos, hace tres años). Esta

devoción ha crecido al par que lentamente se enfriaba el entusiasmo infantil por una escuela literaria, efímera como tal, aunque sus representantes hayan hecho labor valiosa. Así, lo que antes fuera simple nota en un estudio de métrica modernista, lo he convertido ahora en conjunto de observaciones extensas. Mi mayor deseo sería que estas pudieran servir de algo á quienes estudian estas cuestiones con mejores elementos, ya que aquí contamos con pocos.

No existiendo aquí revistas cuyo carácter y dimensiones admitan disquisiciones mucho más extensas y más exclusivamente técnicas, he condensado algo las citas y las observaciones en mi trabajo, y, en cambio, he dado algunas explicaciones que creo harán más fácil su lectura para la mayoría. Me permito ahora enviar á V., con estas líneas, algunas otras notas, complementando mi trabajo y en espera de las indicaciones de V.²⁸

Estimulado por Menéndez Pidal, pronto Henríquez Ureña comenzó a interesarse por la literatura popular recogiendo romances que aún conservaba la tradición oral. En la carta que escribe el 19 de diciembre de 1913 le comentaba las actividades y novedades en México, le hablaba de la fundación de la Escuela de Altos Estudios, de las asignaturas impartidas y de los trabajos que allí desempeñaba junto a Alfonso Reyes y Luis G. Urbina, además de explicarle los estudios sobre romances que estaban haciendo y solicitarle su consejo. A vuelta de correo, en enero de 1914, Menéndez Pidal le animaba a

²⁸ Carta de Pedro Henríquez Ureña a Marcelino Menéndez Pelayo. Véase Biblioteca Virtual de Polígrafos, Biblioteca Virtual Menéndez Pelayo, Fundación Ignacio de Larramendi, Volumen 20, carta nº 233. También puede verse: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/>

continuar recopilando y estudiando romances en México. En la carta Henríquez Ureña le decía:

carta-de-pedro-henriquez-urena-a-marcelino-menendez-pelayo-mexico-28-abril-1909-835650/html/ (consultado 11 de febrero de 2018).

El 23 de noviembre de 1910 Menéndez Pelayo contestaba a Henríquez Ureña en los siguientes términos:

“Muy Señor mío: Por involuntaria tardanza, nacida de mis muchas ocupaciones, no he contestado todavía á su interesante carta de 28 de Abril, que me fué doblemente grata por su contenido y por venir firmada por un hijo de aquella insigne mujer que en la historia literaria de Santo Domingo representa el mayor esfuerzo de noble y elevada cultura.

Hoy me obliga á nuevo agradecimiento el obsequio de su libro Horas de Estudio que justifica enteramente su título y contrasta con las lucubraciones abigarradas é incoherentes, que producen sin estudio alguno tantos jóvenes españoles y americanos. Claro es que no puedo aceptar todas las ideas filosóficas del libro, ni algunas de las apreciaciones literarias, pero me complazco en reconocer que todo ello está sinceramente pensado y sobriamente escrito, con una gravedad y decoro que se echan muy de menos en la actual generación literaria. Todo ello es prueba de exquisita educación intelectual comenzada desde la infancia, y robustecida con el trato de los mejores libros.

Todos los artículos me han interesado, especialmente los que se refieren á Santo Domingo, de cuya historia literaria tenemos tan pocas noticias en Europa. Pero el estudio culminante de la colección, por el trabajo de lecturas previas que supone el buen arte con que está conducido, es el referente al endecasílabo acentuado en la sílaba cuarta, cuya genealogía y evolución histórica traza Vd. con tanto acierto. Este verso es una especie de anapéstico vergonzante, pero no irreflexivo en la mayor parte de los poetas antiguos que lo emplearon.

Felicita á Vd. por sus trabajos y le exhorta á perseverar en ellos, su affmo. s.s. q.b.s.m.

M. Menéndez y Pelayo

P.D. Conservo con el debido aprecio las notas adicionales á su estudio métrico, y las tendré en cuenta en su día”. Véase Volumen 21, carta nº 288.

Este año se organizó en México una facultad de letras en la Universidad: facultad desconocida aquí desde hace más de medio siglo. Como la ignorancia de los Congresos no ha concedido dinero suficiente para estos fines, fue necesario que el director buscara entre los estudiosos quienes se encargaran gratuitamente de los cursos. Mi amigo Alfonso Reyes tomó el de Historia de la lengua y la literatura españolas. Yo me encargué de Literatura inglesa. Al irse Reyes a París, le sustituí en su curso, con el propósito de conservarlo el año entrante (si no tengo que irme yo también a Europa) y pasar a otras manos la Literatura inglesa. La española se cursará en tres años: Edad Media, Siglo de Oro y Siglos XVIII y XIX. La hispanoamericana y mexicana se dan en curso aparte, de que se encargó D. Luis G. Urbina, director de la Biblioteca Nacional. El curso de este año fue solamente relativo a la Edad Media, y como Reyes se dedicó exclusivamente a la lengua y al bosquejo histórico de la literatura en España antes de la aparición del castellano, yo tuve que comenzar (en el mes de agosto) con la poesía épica, y sólo de ésta traté en las veinte lecciones que di [...]. Hice exposición de los orígenes de la epopeya castellana, con análisis del Waltharius, de la historia de la teorías sobre esa poesía épica, las líneas fundamentales de su desarrollo, y los temas principales, siguiendo el orden de D. Marcelino en su *Antología*, y añadiendo lo que trae la Primera Crónica General (edición de usted)... Las obras que usé fueron

Las cartas de los años siguientes son similares a las dos comentadas, son escritos profesionales en los que se da noticia de los envíos de algunas obras, como *la Antología del Centenario*, que Henríquez Ureña y Luis G. Urbina remitieron a Menéndez Pelayo, o el folleto *Conferencias del Ateneo de la Juventud* en 1911.

principalmente las de Milá, Menéndez y Pelayo, y usted: y ediciones como el Mío Cid de usted en 3 vols., el Rodrigo de Lara, libro del cual no sé que haya en México otro ejemplar; ni la Biblioteca Nacional lo tiene [...]Perdone la longitud de esta carta y dígnese ayudarnos, como lo hizo el incomparable Don Marcelino.²⁹

Unos años después, tras la llegada de Alfonso Reyes a Madrid en 1914, Pedro Henríquez Ureña comenzó a tener noticias continuas del ambiente cultural de España, en concreto de Madrid y de los jóvenes filólogos y escritores. En la carta que le envía el 27 de noviembre de 1914, Reyes le decía la popularidad que tenía entre ellos: “Todo el mundo me pregunta aquí por ti: tienes una sólida y envidiable reputación”.³⁰ Sin conocerse, en septiembre de 1916, Federico de Onís según se asentó en la Universidad de Columbia escribió a Henríquez Ureña, lamentando que ya no estuviera en ese país: “[...] por lo que le conozco por sus escritos y por las conversaciones con Reyes, estoy seguro de que no he de

²⁹ Carta de P. Henríquez Ureña a R. Menéndez Pidal, México 19 de diciembre de 1913. H014001 (1-3). Fundación Ramón Menéndez Pidal, Madrid. Emilio Rodríguez Demorizi, “Archivo Literario de Hispanoamérica”, *Revista Dominicana de Cultura*, I, 1955, pp. 316-317. Véase Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas, 1909-1914*, 10 tomos, Recopilación de Juan Jacobo de Lara, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1977, tomo II, pp. 393-396; Ernesto Mejía Sánchez, “Menéndez Pidal y Alfonso Reyes”, *Anuario de Letras*, UNAM, núm. 7, 1968-1969, pp. 25-42.

³⁰ *Epistolario íntimo: (1906-1946)*. Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, Recopilación de Juan Jacobo de Lara, 2 tomos, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1981-1983, tomo 2, pp. 94-98, 95.

encontrar en Nueva York otro hombre con quien yo pudiera tener tantas afinidades espirituales”.³¹

Como otros hispanoamericanos, Pedro Henríquez Ureña se acercó a España con cierta prevención. En la correspondencia con Alfonso Reyes, en una carta que le manda desde Nueva York el 4 de mayo de 1916, se quejaba de que algunos autores españoles, como Onís, habían plagiado ideas y formas de expresión de autores americanos, sin reconocer su influencia: “Así son los gachupines: nos plagian, pero no nos citan”.³² Los prejuicios del pasado colonial le acompañaron en su primera visita, como reconoce su obra *En la orilla. Mi España*, publicada en México en 1922: “Mi primera visita a España la hice con prejuicios, la historia del dominio español en América no se ha limpiado aún de toda pasión”.³³ Y como les ocurrió a algunos de sus amigos americanos, su visión de España fue cambiando en contacto con el grupo de intelectuales españoles que apostaban por la cultura y la

³¹ Carta de F. de Onís a P. Henríquez Ureña desde Nueva York el 21 de septiembre de 1916. AGN, IT-1702860, Carpeta 7, subcarpeta 4, doc. 5.

³² *Epistolario íntimo: (1906-1946). Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes*. Otras ediciones de este epistolario han sido trabajadas por José Luis Martínez, con la colaboración de José Emilio Pacheco: ver José Luis Martínez (ed.), *Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1986, así como por Adolfo Castañón quien en la actualidad prepara una nueva edición de la correspondencia entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes.

³³ Pedro Henríquez Ureña, *En la orilla. Mi España*, Tip. Cultural, México, 1922, p. 6. El ejemplar consultado contiene una dedicatoria a mano a Américo Castro, miembro de la escuela de Menéndez Pidal y con quien coincidió en el Centro de Estudios Históricos: “A Américo Castro con la amistad invariable de Pedro Henríquez Ureña. México, en 1923”.

enseñanza como las herramientas necesarias para el avance y la regeneración cultural. Este interés por la educación siempre guió su actividad. En 1929, Henríquez Ureña recoge aquel sentir al hablar de la Junta para la Ampliación de Estudios y su programa:

¿Y las escuelas? ¡Cómo se puede estudiar en ellas la vida española! Mucho hay que observar, sobre todo, en el complicado organismo encomendado a [José] Castillejo, discípulo del inevitable Giner, del silencioso reformador de España, que fue creada como rama de la enseñanza oficial, y que lentamente va revolucionándolo todo, ante la escandalizada impotencia de los reaccionarios.³⁴

Al mismo tiempo, se preguntaba por los factores que impedían a España vencer “los estorbos que la detienen, por qué no vuelve a ser señora de sus destinos? Hay veces en que nos da la ilusión de haber entrado en el camino de su vida nueva y poderosa; otras veces, cuando la vemos «en el comienzo del camino, clavada siempre allí la inmóvil planta», le deseamos un cataclismo regenerador como el de Rusia. O como el de México”.³⁵

En Madrid se incorporó al Centro de Estudios Históricos, en la sección de Filología donde también estaban otros americanos como Alfonso Reyes, José María Chacón y Calvo, o en años posteriores Ángel Rosenblat, Margot Arce, Silvio Zavala, Raúl Porras Barrenechea o Aníbal Bascuñán, todos ellos estudiosos de la literatura, los romances, el folklore o las variaciones del español en las distintas zonas donde se hablaba.

³⁴ *Ibidem*, p. 28.

³⁵ *Ibidem*, p. 8.

Allí, el intelectual dominicano hizo amistad con los filólogos españoles, algunos de los cuales ya conocía por Alfonso Reyes quien, en sus cartas desde 1914, le fue poniendo al corriente del ambiente cultural de la ciudad, las tertulias y las personas que frecuentaba. Esta estancia fue el inicio de una relación personal con Tomás Navarro Tomás, Amado Alonso, José Moreno Villa, Ramón Menéndez Pidal, Enrique Díez-Canedo, Antonio G. Solalinde o Ricardo de Orueta, en la que compartían multitud de detalles de sus estudios. Las cartas que se cruzaron son testigos de su quehacer intelectual, además de documentos de trabajo en los que comparten y discuten sus avances en los estudios fonéticos del español. En el Centro Henríquez Ureña se inició en los estudios fonéticos de la mano de Tomás Navarro Tomás que después aplicó a sus trabajos sobre las variaciones del español en América. En 1921 Navarro Tomás, tras recibir algunos de sus trabajos, le felicitaba por la pertinencia de sus datos y observaciones sobre la existencia en América de fenómenos que hasta el momento sólo se atribuían a España, “Lo que Ud. dice del alargamiento de las Mejicana, por influencia indígena es muy interesante. Ya sabe Ud. con cuanto cuidado hay que ir en lo que se refiere a las influencias fonéticas de las lenguas indígenas sobre el hispanoamericano”.³⁶ Además de indicarle la conveniencia de que adquiriera los hábitos fonéticos y el tecnicismo necesarios para distinguir, analizar y descubrir estos fenómenos que su oído evidentemente percibe.³⁷ Este intercambio se mantuvo a lo largo del tiempo con Navarro Tomás y con otros profesores. Un ejemplo es la carta que Menéndez

³⁶ Carta de T. Navarro Tomás a P. Henríquez Ureña, Madrid 13 de mayo de 1921. AGN, IT-1702860, Carpeta 7, subcarpeta 4, doc. 4.

³⁷ Carta de T. Navarro Tomás a P. Henríquez Ureña, Madrid, 14 de enero de 1922. AGN, IT-1702860, Carpeta 7, subcarpeta 5, doc. 3.

Pidal escribió a Henríquez Ureña el 25 de mayo de 1931, que reproducimos a continuación.³⁸

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
 MADRID

25 Mayo 1931
 Sr. D. Pedro Henríquez Ureña

Mi querido amigo: Me interesa mucho su proyecto de
 reunión para la reforma de la gramática, pero no creo
 q debamos antes tratar el asunto nuestro en particular, por
 muchas razones? Creo por esto q mejor aplazamos por
 otro congreso una acción organizable bien de antemano
 que no llegamos a una inmediata expresión del tema sin
 la necesaria preparación. Esperamos que sigamos dialogando
 sobre esto.

Será me muestra también de las Observaciones sobre el
español en América, III, y me invita a q proponga
 a V. mis observaciones que aquí hacía hablando con él,

³⁸ Carta de R. Menéndez Pidal a Pedro Henríquez Ureña, Madrid 25 de mayo de 1931. AGN, IT-1702860, Carpeta 7, subcarpeta 7, doc. 6.

con Navarro. Pienso que, tratando de fijar las ^{depende} características americanas, la división de regiones peninsulares debe ser esta:

1º Regiones que resenan. Vascongadas, Cataluña, Baleares, Valencia (parte catalana). Regiones que resenan y aspiran la -s final de palabra o de sílaba Andalucía, Canarias, Bejaos. Total 21 provincias y parte de Valencia

2º Región intermedia, que aspira la -s final Toledo, Ciudad Real, Murcia, Cáceres, Valencia (parte aragonesa del sur) Albacete (parte de la sierra de Alcaraz). Total 4 provincias y parte de otras

3º Región que no resena ni aspira -s final. Castilla la Vieja, Madrid, Guadalupe, Jaén, Cuenca, León, Aragón, Navarra, Albacete, Galicia. Total 24 provincias

Creo que esta repartición nos daría idea de como se pudo desarrollar el carácter dominante del seseo. Mucho me alegraría se decidiera Vd. a ordenar así las procedencias de los colonizadores. Yo pienso hacerlo así y no duplicaríamos el trabajo, si Vd. se anticipa a hacerlo en esta forma. Me interesa extraordinariamente un artículo.

Saludo muy afectuoso de

J. M. Méndez Pidal

En la *Revista de Filología Española*, fundada en 1914 por Menéndez Pidal en la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos, escribió cuatro artículos que aparecieron publicados entre 1917 y 1921. Fruto de esta primera estancia es su libro, ya mencionado, *En la orilla. Mi España* en el que dedicó algunas páginas a poetas y escritores españoles, algunos con los que había coincidido en la Residencia de Estudiantes y en el Centro de Estudios Históricos, como Juan Ramón Jiménez o el ya mencionado José Moreno Villa. *Mi España* tuvo buena acogida entre sus colegas del Centro de Estudios Históricos que le felicitaron tras recibirlo. “Está lleno de observaciones claras y penetrantes sobre nuestra vida intelectual [le comentaba Tomás Navarro Tomás]. No es usted un hispanófilo apasionado ni un pesimista de nuestra cultura”.³⁹

En esta obra el polígrafo dominicano recuerda al Centro al mencionar el grupo que encabezaba “Menéndez Pidal, hombres de disciplina perfecta y saber acrisolado [...] que cuenta con miembros americanos como Alfonso Reyes, y aun entre hombres de generaciones anteriores tiene excelentes amistades, como la de don Francisco A. de Icaza”.⁴⁰ La sintonía entre ellos no solo fue intelectual sino personal e hizo que la amistad perdurara a lo largo de sus vidas. En ocasión del homenaje que se preparaba a Menéndez Pidal, en febrero de 1923 Henríquez Ureña escribió a Tomás Navarro Tomás interesándose en participar.⁴¹ Como más adelante veremos, su experiencia en el Centro de Estudios

³⁹ Carta de T. Navarro Tomás a Pedro Henríquez Ureña, Madrid 16 de marzo de 1923. AGN, IT-1702860, Carpeta 7, subcarpeta 5, doc. 2.

⁴⁰ Pedro Henríquez Ureña, *En la orilla. Mi España*, p. 57. Otros estudios sobre la historia y la cultura de España los recogió en *Plenitud de España*, Buenos Aires, Losada, 1940.

⁴¹ Carta de T. Navarro Tomás a Pedro Henríquez Ureña, Madrid 16 de marzo de 1923. AGN, IT-1702860, Carpeta 7, subcarpeta 5, doc. 2.

Históricos le sirvió en distintos momentos de su carrera en los que aplicó algunos de los modelos de organización, investigación y trabajo en seminarios de las instituciones americanas. Así lo hizo cuando organizó la Escuela de Verano de la Universidad Nacional de México.

En 1919, Pedro Henríquez Ureña regresa a Madrid donde trabaja en la tesis doctoral que había presentado en la Universidad de Minnesota en 1918, y que fue publicada en 1920 con el título *Versificación irregular en la poesía española* con prólogo de Menéndez Pidal, conforme la memoria de la Junta para la Ampliación de Estudios de 1920-1921. Sabemos que a su paso por Madrid frecuentó, e incluso se alojó, en la Residencia de Estudiantes, como ocurrió en 1919; la Residencia era una institución también creada por la Junta en 1910 y pronto erigida en el centro de reunión cultural de lo más sobresaliente de la intelectualidad y la ciencia del momento. En un artículo sobre la Residencia, en 1923, Alfonso Reyes menciona a los americanos que habían pasado por allí, unos como residentes, otros como tertulianos y otros como profesores de los cursos para extranjeros que ofrecía el Centro de Estudios Históricos en la Residencia de Estudiantes desde 1914: “La Residencia ha sido también casa de americanos: Pedro Henríquez Ureña y José María Chacón y Calvo. Yo mismo ¿no he sido como un compañero honorario?”⁴²

En 1920, desde París, Pedro Henríquez Ureña aconsejaba a su amigo el editor León Sánchez Cuesta, con quien coincidió en la Residencia de Estudiantes, que en su próximo viaje a México explicara a las autoridades las características peculiares que diferenciaban las instituciones académicas de España de otras europeas y americanas, y que hablara con José

⁴² *Residencia*, año 1, núm. 2, 1926, p. 188.

Castillejo, secretario de la Junta para la Ampliación de Estudios, y Jiménez para recabar mayor información. Algunas de las personas cuya visita recomendaba era Alfonso Reyes y Vasconcelos, quien, pensaba, tenía posibilidades de obtener algún cargo en el Ministerio de Instrucción Pública con el nuevo gobierno. La carta terminaba con un afectuoso saludo a los compañeros de trabajo y tertulia de Madrid, Solalinde, Jiménez, Moreno Villa y Orueta.⁴³ La correspondencia entre ambos personajes refleja la relación continua que Henríquez Ureña mantuvo con el mundo intelectual dominicano, hispano y europeo, de cuyas novedades literarias siempre se mantuvo al tanto, adquiriéndolas, en el caso de Europa, muchas veces, a través de Sánchez Cuesta, “el librero de la generación del 27”. Por otra parte, Henríquez Ureña durante su cargo como Superintendente General de Educación en Santo Domingo, se encargó personalmente de nutrir las bibliotecas de las instituciones educativas del país con las principales obras y revistas, utilizando para ello a León Sánchez Cuesta, a quien también involucró en proyectos editoriales en su estancia dominicana.⁴⁴

⁴³ Carta remitida por P. Henríquez Ureña el 11 de septiembre de 1920 a L. Sánchez Cuesta. Archivo Residencia de Estudiantes, Madrid: Archivo León Sánchez Cuesta. Correspondencia con Pedro Henríquez Ureña. Sánchez Cuesta fue un estudiante de Derecho con el que compartió reuniones en Madrid, y que llegó a ser uno de los grandes librerías de España. Es conocido como “el librero de la generación del 27”. En su correspondencia se encuentran cartas con escritores, artistas y poetas de diferentes países. Alfredo Valverde, “Archivo y Biblioteca de Sánchez Cuesta”, *Residencia*, abril, 1992.

⁴⁴ Véase por ejemplo las cartas remitidas desde Santo Domingo el 20 de diciembre de 1932, 21 de febrero de 1933, 11 de abril de 1933. Archivo Residencia de Estudiantes, Madrid: Archivo León Sánchez Cuesta. Correspondencia con Pedro Henríquez Ureña. Véase también

COMUNIDAD DE HECHOS Y
INTERES DE FAMILIAS Y LINGÜA
MEXICANA
SECRETARÍA DE FAMILIAS

Paris le 18 d'août 1932

A. P. León Sánchez Cuesta.
Paris

Mi querido amigo: ahora
que me dirijo a Santo Domingo
debo un poco a comparecer la Super-
intendencia general de la
educación para enviar un libro
de un tipo especial de libros
enviados.
Los que son los libros es:
Howell Brown
(inscripción por 3 años)
The Times Literary Supplement
(inscripción por 1 año)
Kunet und Recreation
(inscripción por 3 años)
de Santo Domingo la general
de una correspondencia en cuanto
a otros me avisas que lo es.

COMUNIDAD DE HECHOS Y
INTERES DE FAMILIAS Y LINGÜA
MEXICANA
SECRETARÍA DE FAMILIAS

en los siguientes:
Superintendencia general de
Santo Domingo
República Dominicana
D. R.
Pedro Henríquez Ureña

En cada uno de los países que residió, Henríquez Ureña trabó amistad con los más destacados escritores representantes de la modernidad, manteniendo una larga relación epistolar con algunos de ellos como Reyes, Vasconcelos, Alfonso Cravioto, o los cubanos Enrique José Varona, Félix Lizaso, Jesús Castellanos, Carlos Loveira, José María Chacón y Calvo, Alfonso Hernández Catá y Miguel Carrión; los mismos círculos que frecuentara su hermano Max Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a su paso por La Habana en distintas ocasiones. El vínculo

Bernardo Vega (ed.), *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña*, pp. 635-636. En este libro se reproduce la carta de P. Henríquez Ureña desde Santo Domingo a L. Sánchez Cuesta, 18 de agosto de 1932.

se mantuvo también como corresponsal de periódicos cubanos en Estados Unidos, por ejemplo el *Heraldo de Cuba* entre 1914 y 1915 bajo el seudónimo de E. P. Garduño y de prensa de México y de la República Dominicana, o a través de su participación en proyectos dirigidos desde Madrid por Ramón Menéndez Pidal.

A su vuelta a México en 1921, se sumó al proyecto de renovación educativa puesto en marcha por su viejo amigo y aeneísta José Vasconcelos. Hasta su partida en 1924 desempeñó distintos cargos en la Universidad Nacional de México de la que José Vasconcelos era rector: catedrático de la Escuela de Altos Estudios y de la Escuela Preparatoria, y director de la Escuela de Verano que desde 1921 ofreció dos ciclos de cursos de seis semanas de duración cada uno a semejanza de los cursos de verano para extranjeros del Centro de Estudios Históricos de Madrid. Además de la función educativa, la Escuela de Verano fue una expresión de la voluntad de apertura de México y una vía para establecer relaciones con otros países, otorgando becas a estudiantes norteamericanos.

A esta Escuela fueron invitados varios españoles amigos de Pedro Henríquez Ureña, entre ellos León Sánchez Cuesta, Federico de Onís y León Felipe Camino, así como intelectuales mexicanos de peso (Daniel Cosío Villegas, Julio Torri, Pablo González Casanovas, Vicente Lombardo Toledano...) y de otros países de Hispanoamérica. En 1922 fue nombrado director del Departamento de Intercambio Universitario de la mencionada Universidad, desde donde completó la labor que se venía haciendo desde la Escuela de Verano.⁴⁵ En su nuevo

⁴⁵ Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*; Aimer Granados, “La corriente cultural de la JAE en México: El Instituto Hispano Mexicano de Intercambio Universitario, 1925-1931”, *Revista de Indias* (Monográfico sobre *La Junta para la Ampliación de Estudios*

puesto, Henríquez Ureña escribió a la Junta para la Ampliación de Estudios solicitando nombres de españoles para enseñar en el país americano, comunicación que la Junta remitió a todos sus centros y laboratorios.⁴⁶ Con posterioridad, el 11 de noviembre de 1925 y bajo la dirección del rector Vasconcelos, se creó el Instituto Hispano-Mexicano de Intercambio Universitario en la Universidad Nacional con la idea de propiciar la relación entre ambos países: “llevando maestros mexicanos a España, llevando y trayendo alumnos, instituyendo becas, organizando exhibiciones, pugnando, en fin, por el mutuo y serio comercio de cultura”.⁴⁷ El Instituto, activo hasta 1931, fue una manifestación más del deseo de un grupo de intelectuales, algunos desde importantes cargos políticos, por afianzar nexos y relaciones entre Hispanoamérica y España con una perspectiva diferente. La JAE era la interlocutora de esta institución en España, como lo fue de otros países con las Instituciones Culturales a las que ya me referí.

El circuito hispanoamericano permaneció abierto y vivo a lo largo de los años. Desde la dirección del Departamento de Intercambio Universitario, Henríquez Ureña continuó fomentando el intercambio de intelectuales de distintos países, Puerto Rico, Argentina o la propia España, en cuyo caso estableció correspondencia con Miguel de Unamuno. En una carta del dominicano de febrero de 1923, recordaba su encuentro en Salamanca en la primavera de 1920 junto a Alfonso Reyes, José de la Riva Agüero y Antonio del Valle Arizpe, y mencionaba el envío de algunas publicaciones propias y de la Universidad mexicana:

y América Latina: memoria, políticas y acción cultural), núm. 239, 2007, pp. 103-124.

⁴⁶ Archivo de la Junta para la Ampliación de Estudios, F/3212. Residencia de Estudiantes.

⁴⁷ Aimer Granados, “La corriente cultural de la JAE en México...”.

la colección de los clásicos, compuesta por 9 volúmenes, editada por la Universidad y un ejemplar de la Historia Sintética del Arte Colonial de Manuel Romero de Terreros. En otra carta de abril, Henríquez Ureña invitaba a Unamuno a visitar México, en caso de que viajara a Estados Unidos, para ver las reformas de Vasconcelos en la instrucción primaria, la enseñanza técnica y los estudios universitarios, ofreciéndose a enviarle las obras del propio Vasconcelos en caso de no tenerlas.⁴⁸

En 1923 las disputas políticas en México en las que Pedro Henríquez Ureña se vio envuelto de manera más o menos directa, el distanciamiento con José Vasconcelos y las dificultades económicas le obligaron abandonar el país. En 1924 se trasladó a Argentina hasta 1946 en que falleció, viviendo entre Buenos Aires y La Plata, su lugar de trabajo, y con la sola excepción de la estancia en Santo Domingo entre 1931 y 1933 como Superintendente General de Enseñanza. En Argentina colaboró con Amado Alonso, discípulo de Ramón Menéndez Pidal a quien había conocido en Madrid durante su estancia en el Centro de Estudios Históricos.⁴⁹ Amado Alonso se trasladó a Argentina en 1927 para hacerse cargo de la dirección del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, una institución nacida en 1923 gracias al interés y cooperación de argentinos y españoles, el decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Ricardo Rojas, y Ramón Menén-

⁴⁸ Cartas fechadas en México, el 6 de febrero y 19 de abril de 1923. Casa-Museo Unamuno. Otras cartas anteriores entre ambos están recogidas en Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas, 1909-1914*, tomo II, pp. 383-386.

⁴⁹ *Epistolario de Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso*. En Buenos Aires ambos trabajaron en varios proyectos, entre otros la obra *Gramática castellana*, publicada en dos tomos en Buenos Aires por la editorial Losada en 1938.

dez Pidal. En este Instituto se formaron y recalaron grandes filólogos como los hermanos Lida, María Rosa y Raimundo Lida y, a partir de 1930, Pedro Henríquez Ureña quien renovó las investigaciones con la incorporación del estudio de las lenguas indígenas y del español en América.⁵⁰ La Colección de Estudios Indigenistas fundada en 1931 era producto de esta novedosa línea de pensamiento. En los nuevos trabajos se analizaban las formas dialectales de manera sistemática: composición, evolución y cambios.⁵¹ Estos trabajos de Pedro Henríquez Ureña, Amado Alonso, Raimundo Lida, Aurelio M. Espinosa, Rodolfo Oroz, Rodolfo Lenz, Andrés Bello y Ángel Rosenblat fueron publicados en la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, iniciada por Alonso en 1930. En esta colección, integrada por siete tomos, se publicaron obras de P. Henríquez Ureña. En 1932 aparecía *El problema del andalucismo dialectal de América* y unos años después *El Español en Santo Domingo* (1940) que escribió entre 1935 y 1936.⁵² En este libro analiza el papel de Santo Domingo en la historia lingüística de América, así como la morfología, léxico (arcaísmos e indigenismos), sintaxis y fonética, de la lengua. Para él Santo Domingo fue “el primer centro de americanización del español, tanto en la

⁵⁰ Entre los múltiples trabajos sobre las variaciones del español en América citamos el estudio de 1921 “Observaciones sobre el español de América”, seguido de artículos y libros sobre el español en las Antillas, en México, entre ellos “Palabras antillanas en el Diccionario de la Academia”, de 1934, o *El Español en Santo Domingo*, de 1940, así como el trabajo de 1938 titulado “Para la historia de los indigenismos”.

⁵¹ En 1921 ya había publicado en la revista de Centro de Estudios Históricos un estudio pionero sobre este tema titulado “Observaciones sobre el español en América”, *Revista de Filología Española*, VIII, 1921, pp. 356-390.

⁵² Ana María Barrenechea, “Amado Alonso en el Instituto de Filología de Argentina”, *CAUCE*, 18-19, 1995-1996, pp. 95-106.

adaptación de las palabras europeas a cosas o hechos del Nuevo Mundo como en la adopción de palabras indias”.⁵³

En esos años el Instituto y Buenos Aires fueron lugares de encuentro y tertulia de viejos conocidos, Henríquez Ureña, Alonso y Reyes que en 1927 había llegado a Buenos Aires como Embajador de México.⁵⁴ Ellos lograron que se limaran las reticencias de algunos sectores del país hacia la cultura hispánica: “En este círculo de relaciones construido en torno a [estas] tres figuras hispanoamericanas [...] el idioma español comenzó a ganar prestigio literario e intelectual en los círculos cultos de la sociabilidad porteña”.⁵⁵ Como hemos apuntado, ello se debió en parte a Henríquez Ureña quien, desde su llegada, había reivindicado los americanismos del idioma español y las variantes lingüísticas de esta lengua. El entusiasmo y despertar fue recogido por el joven Raimundo Lida en una nota escrita a mano: “Los Estados Unidos quieren aprovecharse de la América hispana que reza y canta y baila. ¡Temblad, yanquis! América comienza a incorporarse.. ¡Y tiemble vuestro Hoover ante Henríquez Ureña!”.⁵⁶

⁵³ Orlando Alba, “Pedro Henríquez Ureña y el español en Santo Domingo”, *Cuadernos*, Facultad de Humanidades, Recinto de Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, núm. 13, 1985, pp. 49-68.

⁵⁴ Frida Weber, “Para la historia del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas, Dr. Amado Alonso”, *Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso». En su cincuentenario 1923-1973*, Buenos Aires, 1975, pp. 1-11; Alonso Zamora Vicente, “Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires”, *Orbis*, t. I, núm. 1, 1953, pp. 223-227.

⁵⁵ Miranda Lida, *Años dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo*, Buenos Aires, Eudeba, 2014.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 81.

Junto al mencionado Instituto de Filología de Buenos Aires, en el mapa de organismos hispanoamericanos afines hay que mencionar el proyecto inconcluso de Chacón y Calvo de establecer una red interamericana de sociedades de folklore que contribuiría a organizar “el alma de la unidad étnica de América”.⁵⁷ En esta línea destacamos el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, creado en 1926 bajo la iniciativa del Rector de la Universidad de Puerto Rico, así como de Federico de Onís desde la Universidad de Columbia, donde ejercía como catedrático del Departamento de Lenguas Romances, y con la colaboración de Ramón Menéndez Pidal desde el Centro de Estudios Históricos de Madrid.⁵⁸ La mediación de Pidal desembocó en una activa colaboración desde 1924 a través de la presencia de profesores del Centro madrileño en los cursos de verano de la Universidad de Puerto Rico. Solo recordar que Federico de Onís se había

⁵⁷ José María Chacón y Calvo, *Romances tradicionales en Cuba. Contribución al estudio del folklore cubano*, La Habana, Imprenta el Siglo XX, 1914, p. 12.

⁵⁸ Archivo Central de la Universidad de Puerto Rico (ACUPR), Fondo Organización y sus Funciones. F.D.O. E-3. Sobre las relaciones culturales entre España y Puerto Rico fraguadas a través de Federico de Onís desde 1916 y los intercambios académicos entre el Centro de Estudios Históricos y las universidades de Puerto Rico y la de Columbia, véase Miguel Ángel Puig-Samper, Consuelo Naranjo y María Dolores Luque, “Hacia una amistad triangular: las relaciones entre España, Estados Unidos y Puerto Rico”; Consuelo Naranjo, María Dolores Luque y Miguel Ángel Puig-Samper (eds.), *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos*, pp. 121-152; y, del mismo volumen, el capítulo de Consuelo Naranjo Orovio y Miguel Ángel Puig-Samper, “Relaciones culturales entre el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico”, pp. 153-189.

trasladado, en calidad de becario de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, a la Universidad de Columbia en 1916 desde el Centro de Estudios Históricos de Madrid a solicitud de dicha Universidad para hacerse cargo de la cátedra mencionada. Desde su llegada a Nueva York, Onís se integró en la Hispanic Society, a la que también perteneció Pedro Henríquez Ureña desde 1916.

La figura de Onís fue clave para ampliar la red hispánica a otros varios países, conjugando intereses y creando instituciones. La correspondencia revela de qué manera el Centro de Estudios Históricos, la Universidad de Columbia y la Universidad de Puerto Rico conectaron mundos distintos a través de proyectos. La correspondencia con los antiguos compañeros del Centro de Estudios Históricos es testigo de la relación de trabajo y de amistad que siempre les unió. En una de las cartas Navarro Tomás compartía con Henríquez Ureña su experiencia en la República Dominicana, país al que había viajado en de 1928 desde Puerto Rico, donde se encontraba dando un curso en el marco del acuerdo firmado entre las tres instituciones mencionadas. En Santo Domingo impartió conferencias, como indicaba, para “reunir adhesiones alrededor de la idea de la Cultural hispanodominicana”. En la carta le sorprendido le decía que no había vuelto a tener noticias de la Cultural hispanodominicana a pesar de haber constituido una junta provisional y un importante número de socios. En la isla recogió datos lingüísticos, especialmente de carácter fonético, al igual que había hecho en Puerto Rico y en Venezuela, donde viajó a continuación antes de regresar a España. La comparación de los datos recopilados le llevaba a firmar que desde un punto de vista lingüístico la República Dominicana era más interesante que los otros países.⁵⁹

⁵⁹ Carta de T. Navarro Tomás a Pedro Henríquez Ureña, Madrid 15 de noviembre de 1928. AGN, IT-1702860, Carpeta 7, subcarpeta 5, doc. 1.

La relación de Federico de Onís con Henríquez Ureña la reconstruimos también a partir de las cartas de ambos conservadas en el Seminario Federico de Onís del citado Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, así como en el Archivo General de la Nación de Santo Domingo. Las misivas refieren las visitas de Henríquez Ureña a Estados Unidos desde Argentina, su paso por Nueva York invitado por Onís a impartir conferencias en el Instituto de las Españas, y las recomendaciones de algunos amigos que en ocasiones hizo a Onís para que les ayudara a buscar trabajo. Unas veces abogaba por Cosío Villegas quien, en septiembre de 1924, solicitaría un trabajo allí, pidiéndole que “al menos diera buenas referencias de él si lo solicitaban”; otras introducía a alumnos destacados como Homero Guglielmini, autor de *El teatro del desconformismo* y de *Alma y estilo*, o a amigos como el caso de Américo Lugo, confiando en que la red se fuera ensanchando; su tono se vuelve austero cuando habla de Vicente Llorens, el exiliado republicano español profesor en la Universidad de Santo Domingo de filología y literatura que tenía que salir de la República Dominicana, apunta, por razones “de mezquina política interna” en 1941.⁶⁰

⁶⁰ Archivo del Seminario Federico de Onís (AFO), Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, II_O-MS-C-78-012-16; II_O-MS-C-78-017. El 20 de febrero de 1941 Onís le tranquilizaba a Henríquez Ureña diciéndole que haría todo lo posible por ayudar a Vicente Llorens, II_O-MS-C-78-019. A esta demanda contestó Onís, como lo hizo con otros compañeros del exilio republicano, facilitando su ida y trabajo en Estados Unidos. En la carta que Llorens remitió a Henríquez Ureña desde Ciudad Trujillo el 12 de julio le decía que ya Onís le había contestado, véase Bernardo Vega (ed.), *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña*, pp. 655-657.

INSTITUTO PARA LA PROMOCIÓN DE ESTUDIOS
CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
MADRID

ALVARO 26. HOTEL. TELÉFONO 30.735

15 noviembre 1949

Querido Enriquez Urribe: Le he escrito "Epistola" al Virrey pero en Valoraciones, donde habla usted de nosotros. Esta vez me notician sobre mis trabajos son más que una aclaración a la cita de un artículo anterior. Es un testimonio del buen amigo que tenemos en usted lo que le tratamos en esta casa en que siempre se le recuerda con verdadero afecto. Muchas gracias en nombre de don Párramo y en el mío por sus cariñosas manifestaciones.

En mayo pasado estuve en Santo Domingo. Fui desde Puerto Rico y pase ocho días en su tierra. Di tres conferencias para reunir adhesiones al rededor de la idea de la Cultural Hispanoamericana. Mientras estuve allí todo fue libre. Se constituyó una junta provisional y se involucraron bastantes socios. Tomaron la idea con calor don Pascual Peinado y don Andrés García Nalla, además de varias españolas. Después no he vuelto a tener noticias de que hayan hecho nada.

Reservi gran parte de la República tomando datos lingüísticos, especialmente de carácter fonético, para relacionarlos con el estudio que he hecho de Puerto Rico. También fui a Venezuela con el mismo fin. Santo Domingo me ha interesado extraordinariamente. Lo que desde el punto de vista lingüístico es más interesante que los otros países que conozco. Lamentablemente no hubiese podido estar allí más tiempo! De todos modos podré traer un artículo con las notas recogidas. No tardaré en publicarlo.

Tuve el gusto de conocer a usted don Federico.

Muchos recuerdos de los amigos del Centro y un abrazo de un afectuoso

T. Navarro Tomás

En las cartas surgen proyectos e intercambio de publicaciones para hacer realidad el antiguo sueño de ir formando una red sólida basada en los estudios literarios y filológicos hispanoamericanos en los que la historia tuvo un lugar importante. Fiel a su idea de hacer visible la literatura y la cultura hispanoamericana en Estados Unidos, Onís, en la carta del 21 de abril de 1934 le proponía intercambiar el *Boletín* de La Plata con el *Boletín* que publicaba el Instituto de las Españas, y solicitaba algún artículo para conferir al *Boletín* publicado en Nueva York un carácter hispanoamericano “hasta llegar a convertirlo en un medio de difusión de la cultura hispanoamericana en Estados Unidos”.⁶¹ Onís alababa el discurso pronunciado por su amigo sobre “Raza y cultura hispánica”. No nos sorprenden las palabras de Onís cuya obra perseguía conocer la esencia de lo español y ver de qué manera la historia y la cultura de España, se enriquecían en tierras americanas. En su interpretación, la herencia española presente en las culturas hispanoamericanas se transformaba en propia y se convertía en algo diferente.⁶² Como éste y otros

⁶¹ AFO, II_O-MS-C-78-017.

⁶² “En mis oídos españoles, abiertos siempre sobre América, suena muy bien su voz serena, elevada y generosa para España y para América”. El uso de la palabra raza en estos autores no contiene conceptos biológicos; su contenido más cultural les sirvió para presentar una comunidad y una cultura hispánica. Dicho término estaba arraigado en la época y motivo algunos debates entre españoles y americanos (recuérdese la polémica mantenida por Fernando Ortiz con algunos intelectuales españoles en la década de 1910 en quienes veía emisarios de una España que continuaba intentando “conquistar América). No obstante, hay que indicar que muchos de estos intelectuales, inmersos en una tradición y en un tiempo en el que las ideas en torno a la civilización y a la barbarie estaban relacionadas con la procedencia y adscripción étnica de los pueblos, y la división entre latinos y anglosajones, omitieron otros aportes culturales, especialmente el africano. Carta enviada por Onís desde Nueva York a Henríquez Ureña a la Universidad Nacional de La Plata, el 21 de abril de 1934.

estudiosos contemporáneos, Henríquez Ureña buceó en la historia para comprender la formación de la nación dominicana. Su correspondencia con intelectuales dominicanos da cuenta de su constante preocupación y reflexión sobre los momentos claves de la historia y de la cultura de su país.⁶³

Como introductores de la nueva literatura y ensayos sobre cultura, Onís y Henríquez Ureña, como otros escritores, se afanaron en divulgar por distintos medios la producción intelectual en sus países. Desde su cargo de Superintendente General de Educación en Santo Domingo, siguió animando y nutriendo de contenido las relaciones y el conocimiento de la historia, el arte y la literatura de España e Hispanoamérica. En marzo de 1932 agradecía al filólogo español Manuel García Blanco el envío, entre otros trabajos, de la traducción de los *Tres motivos de la Literatura Romántica* de Karl Vossler, y se disculpaba de no poder mandarle sus primeros estudios sobre romances publicados en 1913 en la revista *Cuba Contemporánea* al carecer de ejemplares. En la carta, le ponía al corriente de su trabajo en Santo Domingo donde había recogido canciones y algunos romances como *Delgadina*, *Hilo de oro*, *Santa Catalina*, y un cuento que él creía provenía del romance del *Conde Niño*, o de otro similar, transcribiendo los cuatro renglones en verso que sigue formando parte de la cultura tradicional dominicana:

⁶³ Un ejemplo es la carta que le escribió desde México el 5 de mayo de 1909. a F. García Godoy comentándole los aspectos y fechas históricas que para él eran más importantes de la independencia nacional, a propósito de la novela *Rufinito* que García Godoy había publicado en 1908. En la carta también le animaba a hacer una historia sintética de la cultura dominicana. A vuelta de correo García Godoy le confesaba que por el momento no se atrevía a emprender la obra que le sugería (carta a P. Henríquez Ureña remitida desde La Vega el 6 de junio de 1909). Véase Bernardo Vega (ed.), *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña*, pp. 218-223; 225-226.

Hermanito de mi vida
no me jales los cabellos
que mi madre me ha matado
por un higo que ha faltado.⁶⁴

El 12 de septiembre de 1932, Henríquez Ureña se dirigió a Menéndez Pidal encargándole que los especialistas del Centro de Estudios Históricos hicieran un estudio global de la historia del arte colonial en la América española, al considerar al Centro como el lugar idóneo para acometer dicha obra, ya que América carecía de una institución similar y de investigadores con un conocimiento tan completo como el de sus antiguos compañeros. Poco después, Diego Angulo, quien había sido pensionado de la Junta para la Ampliación de Estudios, además de colaborador del Centro de Estudios Históricos y primer catedrático de la cátedra de Historia del Arte Hispano Colonial inaugurada en Sevilla en 1927, inició un viaje de seis meses a México, de septiembre de 1933 a febrero de 1934, con una beca de la Junta de Relaciones Culturales, tal como había aconsejado Henríquez Ureña, para “recoger, con los ojos y la cámara fotográfica, toda la documentación necesaria”.⁶⁵ Años después, en 1945 viajó a varios países centroamericanos, Puerto Rico, Cuba, Santo Domingo y Jamaica con el fin de completar la *Historia del Arte Hispanoamericano*. El material que Angulo recogió en América forma parte de un rico archivo

⁶⁴ Carta fechada en Santo Domingo 23 de marzo de 1932. En la carta también daba información sobre la música de los romances *Delgadina* e *Hilo de oro* calificada como arcaica por Manrique de Lara con quien había consultado. Casa-Museo Unamuno.

⁶⁵ Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas, 1926-1934*, 10 tomos, Recopilación de Juan Jacobo de Lara, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1979, tomo VI, pp. 453-454.

fotográfico conservado en uno de los centros del CSIC, la institución que con otros supuesto ideológicos dio continuidad a algunos de los centros creados por la JAE como el Centro de Estudios Históricos tras su desaparición en 1939, y a partir del cual se crearon otros institutos en los años cuarenta del siglo XX, como el Instituto Diego Velázquez cuyas instalaciones fueron las mismas que el Centro de Estudios Históricos había tenido desde su traslado en 1931.

En el Cono Sur, Henríquez Ureña fue aval e introductor de la obra de intelectuales dominicanos. Ejemplo de esto lo encontramos en las cartas que desde Buenos Aires cruzó con su prima Flérida Lamarche Henríquez de Nolasco en las que además de mostrar su gran erudición comentándole las teorías que la musicóloga sustentaba sobre los orígenes de la música, sugería la posibilidad de publicarlas en Argentina o quizás en Chile donde existían más casas editoriales (enero de 1937). En la carta que le envió a Flérida el 4 de mayo de 1939, tras recibir su libro *La música en Santo Domingo*, detallaba los musicólogos, amigos y medios de comunicación a los que se lo remitiría. Comentaba también las características de la música en distintos países así como el posible origen de la música popular dominicana que, según él, viendo el modo de bailar, podría remontarse al menos al siglo XVIII. Henríquez Ureña terminaba su carta animándola a seguir trabajando: “[...] desde allá se puede hacer mucho. Yo debo a Santo Domingo la sustancia de lo que soy: claro que aquellos eran otros tiempos, tan sorprendentes para quien compara con países extranjeros, que no creo que allá se den cuenta. Para quien compara, digo, y descubre que en países extranjeros se sabrá cuantitativamente más, pero no cualitativamente mejor. Pero todavía se puede hacer mucho”.⁶⁶

⁶⁶ Carta de P. Henríquez Ureña a Flérida Lamarche Henríquez de Nolasco. AGN, Fondo Colección Flérida y Sócrates Nolasco. IT- 1702663.

Los últimos años de la vida de Henríquez Ureña fueron intensos en publicaciones, proyectos y cartas, en algunas de las que mencionaba la sobrecarga de trabajo que tenía a fin de completar el sueldo de catedrático de la Universidad porque, según sus palabras, “es increíble que se gaste tanto para vivir en Buenos Aires. Pero vale la pena. Ahora que estoy en Chile lo confirmo. Buenos Aires representa un plano de civilización que no tiene comparación en América. No es diferencia de grado, es de plano. Y eso que Chile tiene cosas muy buenas: por ejemplo sus dos museos y su biblioteca”, le decía a Flérida el 7 de enero de 1937.⁶⁷

La correspondencia con su gran amigo, Alfonso Reyes es, sin duda, la más abundante. En 1939, de vuelta en México tras dejar su puesto de Embajador en Brasil, Reyes le confesaba que tras vencer “la dura adaptación” se había incorporado al trabajo que le mantenía ocupado, sobre todo el proyecto de la Casa de España, primer refugio de algunos intelectuales republicanos españoles. Le pedía el prólogo para el libro de Justo Sierra *Evolución política del pueblo mexicano* para presentarlo con “una voz de amplitud continental”.⁶⁸ Tanto Reyes como Cosío Villegas no cesaron en invitar a Henríquez Ureña para colaborar en distintos proyectos y visitar México. En 1934, Cosío Villegas le ofrecía participar en la colección *Biblioteca Americana* abierta en la editorial que había establecido en México, el Fondo de Cultura Económica. Tiempo después, en agosto de 1940, Reyes, ya director de la Casa de España, tras conocer el viaje de su amigo en octubre a la Universidad de Harvard para ocupar la

⁶⁷ Carta de P. Henríquez Ureña a Flérida Lamarche Henríquez de Nolasco. AGN, Fondo Colección Flérida y Sócrates Nolasco. IT- 1702663.

⁶⁸ Carta de A. Reyes a P. Henríquez Ureña de 14 de noviembre de 1939. Archivo Residencia de Estudiantes, Madrid: Archivo COLMEX. Correspondencia Pedro Henríquez Ureña.

cátedra de Charles Eliot Norton, le escribía proponiéndole que fuera a México:

Una carta de tu familia nos ha hecho saber que vendrás a Harvard por septiembre. El Patronato de la Casa, que prácticamente se reduce a Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor y yo, alimentamos la esperanza de que tus obligaciones universitarias en el Norte te permitan venir hasta México. Te ofrecemos desde luego el viaje redondo entre los Estados Unidos de América y México y los gastos de tu permanencia entre nosotros. Te pediríamos, en cambio que hicieras aquí lo que te diera la gana. Ya tú verías lo que te conviene, de acuerdo con el ambiente. Esperamos ansiosamente tus letras al respecto.⁶⁹



Eduardo Villaseñor



Pedro Henríquez Ureña



Daniel Cosío Villegas

Las circunstancias que rodearon la salida de Pedro Henríquez Ureña de México pesó en su decisión de regresar algún día, y siempre fue posponiendo el viaje fuera cual fuera el motivo de la invitación. En la carta que remite a Reyes desde Cambridge,

⁶⁹ Carta de A. Reyes a P. Henríquez Ureña de 21 de agosto de 1940. Archivo Residencia de Estudiantes, Madrid: Archivo COLMEX. Correspondencia Pedro Henríquez Ureña.

Massachussets, detallaba su plan de viaje y explicaba las razones de no poder ir a México ya que le preocupaba las amistosas palabras que contenía la carta de invitación: “Te pediríamos, en cambio que hicieras aquí lo que te diera la gana”, y ante ello Henríquez Ureña se preguntaba “¿qué justificación tendría que se me pagara un viaje a México, cuando hay otras cosas serias a que atender?”. Esto encerraba la idea que tenía acerca del ambiente cultural —en palabras suyas— “realmente superior” en Estados Unidos donde siempre era bien acogido.⁷⁰

Inmediatamente, el 15 de octubre Reyes le escribía y le animaba a ir a México, comentándole que la invitación no era solo por amistad sino parte de los planes de la Casa de España: “sabíamos que vendrías a Estados Unidos. Que no te detenga, pues, ese escrúpulo”. Le proponía que les visitara en su viaje de regreso, tras ir a Cuba, y desde allí regresar por el Pacífico a Argentina, además de hacerle partícipe del proyecto en curso de transformación de la Casa de España en el Colegio de México.⁷¹

Henríquez Ureña no fue a México ni entonces ni cuando se lo propusieron a finales de 1945 cuando la situación política argentina amenazaba la existencia de algunas instituciones e incluso ponía en peligro la vida de algunos amigos. La carta a la que nos referimos la remitía Cosío Villegas el 18 de diciembre de 1945 y en ella le invitaba formalmente a trasladarse desde Argentina para trabajar en el Colegio de México, para lo cual solicitarían financiación a la Fundación Rockefeller, interesada en establecer un Centro de Estudios Literarios de

⁷⁰ Carta de A. Reyes a P. Henríquez Ureña de 10 de octubre de 1940. Archivo Residencia de Estudiantes, Madrid: Archivo COLMEX. Correspondencia Pedro Henríquez Ureña.

⁷¹ Carta de A. Reyes a P. Henríquez Ureña de 15 de octubre de 1940. Archivo Residencia de Estudiantes, Madrid: Archivo COLMEX. Correspondencia Pedro Henríquez Ureña.

América Latina con investigaciones filológicas. La admiración de Cosío y la amistad existente entre ellos se haya detrás de las palabras del mexicano cuando escribe “[...] un telegrama de ella o tuyo nos pondría en movimiento aquí para ofrecerte una situación”. El contrato, adelantaba Cosío, le permitiría trabajar durante cuatro años con entera libertad y vivir de forma holgada. Esta invitación no fue algo inusual entre los dirigentes del Colegio de México quienes ya habían abierto las puertas de la institución y brindado apoyo y refugio a quienes lo necesitaban. Lo habían hecho desde la Casa de España con los científicos e intelectuales republicanos españoles y ahora tocaba el turno a los colegas que vivían en Argentina amenazados por el gobierno de Perón.⁷²

Poco después, el 8 de enero de 1946, de nuevo Cosío Villegas remitía al intelectual dominicano una larga y atractiva carta explicándole detenidamente el proyecto mencionado de fundar en el Colegio de México un Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios dedicado a la enseñanza y la investigación, a semejanza del existente en el Centro de Estudios Históricos de Madrid y en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, para lo cual contarían con la financiación de Estados Unidos que desde el arranque del siglo XX mostraba interés en los estudios hispánicos en general. El Colegio de México y la Fundación Rockefeller aportarían los recursos para el mantenimiento del nuevo Centro, así como para contratar profesores y otorgar becas a unos 10 o 12 alumnos dedicados exclusivamente al estudio y la investigación. El plan diseñado era solo un esbozo que le presentaban abierto a cualquier modificación que considerase necesaria. La carta continuaba anunciándole que, en caso de decidirse, él se convertiría en director del nuevo Centro donde

⁷² Carta de D. Cosío Villegas a P. Henríquez Ureña del 18 de diciembre de 1945. Archivo Institucional del Colegio de México, Ciudad de México, Fondo Pedro Henríquez Ureña, Caja 3, exp. 7.

también serían invitados antiguos colegas de Madrid y Buenos Aires como Ángel Rosenblat y los hermanos Lida, Rosa María y Raimundo.⁷³

En estos meses la correspondencia entre Henríquez Ureña y Cosío Villegas es constante y refleja la preocupación del mexicano por la suerte que pudiera correr su amigo; también intercalaba los proyectos editoriales emprendidos desde México y para los que siempre contó con la opinión y contribución de Henríquez Ureña tanto en *Cuadernos Americanos*, la Colección Tierra Firme, la Biblioteca Americana, como en la Colección Clásicos Americanos.⁷⁴ Ante la insistencia de Cosío, el 6 de febrero de 1946 Henríquez Ureña pedía tiempo para asegurarse si la situación de Argentina le impelía abandonar el país en la consideración de que un nuevo traslado de residencia perjudicaría su quehacer intelectual, como le había ocurrido a lo largo de su vida y lamentándose decía “[...] creo que no debo sacrificar lo adquirido en tantos años de trabajo, más aún a mi edad. ‘Y vaca que cambia de querencia se atrasa en la parición’. El no haberme podido quedar en un sitio fijo entre 1914 y 1924 me esterilizó durante esos años”.⁷⁵

A vuelta de correo, el 16 de febrero Cosío Villegas si bien comprendía las razones de su amigo para quedarse en Argentina le rogaba pospusiera su decisión final hasta que se esclareciera

⁷³ Carta de D. Cosío Villegas a P. Henríquez Ureña de 8 de enero de 1946. Archivo Institucional del Colegio de México, Ciudad de México, Fondo Pedro Henríquez Ureña, Caja 3, exp. 7.

⁷⁴ Carta de D. Cosío Villegas a P. Henríquez Ureña de 9 de enero de 1946. Archivo Institucional del Colegio de México, Ciudad de México, Fondo Pedro Henríquez Ureña, Caja 3, exp. 7.

⁷⁵ Carta de P. Henríquez Ureña a D. Cosío Villegas de 6 de febrero de 1946. Archivo Institucional del Colegio de México, Ciudad de México, Fondo Pedro Henríquez Ureña, Caja 3, exp. 7.

la situación política del país.⁷⁶ En marzo y abril cruzaron varias cartas en las que diseñaban las colecciones y Biblioteca de América. La última que hemos encontrado en el Archivo Institucional del Colegio de México dirigida por Cosío a Henríquez Ureña es del 9 de abril de 1946. En ella confiaba en verse pronto en Buenos Aires, a principios de julio, y le volvía a preguntar sobre su decisión acerca del Centro de Estudios Literarios pues necesitaban una pronta respuesta.⁷⁷ Aunque la muerte sorprendió a Pedro Henríquez Ureña sin haberse decidido a aceptar la propuesta de Cosío Villegas, sin embargo, parece que era bastante factible a la luz del comentario que le hizo a Pericles Franco Ornes, exiliado dominicano en Chile, en su carta del 6 de abril de 1946. En ella le transmitía su inquietud ya que en La Plata “las bandas de forajidos que atacaban, pistola en mano, la facultad de medicina, mientras la policía (presente) los deja hacer...”, y añadía en una posdata la posibilidad real de trasladarse a México: “Debo agregarle que mi situación aquí no es muy segura; a lo mejor me quitan todos mis puestos, tal vez tenga que irme a México. Además le diré que creo que las elecciones no fueron limpias; la mayoría cree que sí, pero hay datos que confirman mi sospecha”.⁷⁸

Tras la muerte de Pedro Henríquez Ureña el 11 de mayo de 1946, la red que había ido creciendo a lo largo de los años siguió funcionando. El puesto ofrecido en el Colegio de México

⁷⁶ Cartas de D. Cosío Villegas a P. Henríquez Ureña de 16 de febrero de 1946. Archivo Institucional del Colegio de México, Ciudad de México, Fondo Pedro Henríquez Ureña, Caja 3, exp. 7.

⁷⁷ Cartas de D. Cosío Villegas a P. Henríquez Ureña de 9 de abril de 1946. Archivo Institucional del Colegio de México, Ciudad de México, Fondo Pedro Henríquez Ureña, Caja 3, exp. 7.

⁷⁸ Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas*, tomo X, p. 458. Véase también Sonia Henríquez Ureña de Hlito, *Pedro Henríquez Ureña. Apuntes para una biografía*.

fue ocupado por su compañero Raimundo Lida quien, al tener que abandonar Argentina, aceptó la propuesta que Reyes le había cursado en octubre de 1946 para incorporarse al Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios a mediados de 1947.⁷⁹ Los proyectos trasatlánticos continuaron gracias, en gran medida, aquel puñado de personas que a principios de siglo creyeron en la educación como medio de progreso de los pueblos y en la cultura como lazo de unión de voluntades.

⁷⁹ Carta de A. Reyes a A. Alonso, México D. F., 26 de octubre de 1946. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes, Madrid.

“La historia es un proceso continuo
de interacción entre el historiador y sus hechos,
un diálogo interminable
entre el pasado y el presente”.

Edward H. Carr



9 770000 993763